

La Constitución Conciliar “*Gaudium et Spes*” subrayó con valentía la autonomía que poseen las realidades temporales frente a las espirituales. Con ello abrió un camino por el que todos —especialmente los cultivadores de la ciencia— pudieran discurrir con aquella libertad que justamente deseaban y de la que, a veces, parecía se les había querido privar en nombre de la religión (n. 36). Pero, como pasa con frecuencia cuando surgen realidades que parecen nuevas —y esta clara posición del Vaticano II tuvo ciertamente tonos de novedad— la declaración conciliar fue interpretada algunas veces en sentido innegablemente abusivo. Así nació y se propagó lo que más tarde, en el Sínodo episcopal de 1985, vino a llamarse “secularismo” para distinguirlo de la “secularidad” o autonomía de las realidades humanas a la que se refirió el Vaticano II.

Este nuevo secularismo quiso ir mucho más allá de lo que había propuesto el Vaticano II; su pretensión era la de presentar las realidades del hombre y del mundo no solo como poseedoras de una entidad propia sino incluso como radicalmente independientes de toda relación con el Creador y con el ámbito religioso. Y ello, evidentemente, no puede ser aceptado ni por el evangelio ni tan solo por los creyentes de cualquiera de las religiones.

Si hoy aludimos aquí a la presencia de este fenómeno es precisamente porque una forma solapada de “secularismo” llega también a penetrar —a veces de modo casi imperceptible pero con una insistencia y perseverancia que pueden hacer mella en no pocos fieles— en las mismas celebraciones litúrgicas. Bastaría analizar, por ejemplo, algunos de los formularios habituales de Oración universal para descubrir la frecuencia con que a veces la casi totalidad de peticiones tienen por objeto exclusivo el bienestar, la justicia o la prosperidad de este mundo u otros bienes siempre de orden temporal. Estas necesidades materiales tienen, sin duda, su lugar entre las preocupaciones de la Iglesia (bastaría repasar el elenco de Misas por diversas necesidades que presenta el Misal de Pablo VI para percatarse de como las mismas cuentan para los

cristianos y están presentes en la liturgia: Misas por la patria, por el progreso de los pueblos, por la paz y la justicia, por la santificación del trabajo humano, en tiempo de siembra, para después de la cosecha, etc.). Pero una cosa es la presencia de la oración *también* por las necesidades temporales y otra muy distinta la exclusividad —o si se quiere la simple preponderancia— de lo “secular” en la vida y en la liturgia de una comunidad cuyo fin y cuya meta no son de este mundo (Jn 18,26).

En una célebre homilía de San Gregorio Magno que la liturgia nos hace leer cada año en el día de su fiesta el santo Papa equilibra muy bien las maneras como la Iglesia jerarquiza los diversos valores y necesidades —las diversas “pobrezas” si se quiere— de los hombres. En su discurso, reflexionando sobre lo que debe ser su comportamiento cristiano y pastoral, san Gregorio recuerda la intensidad con que vivía su vocación cristiana cuando estaba en el monasterio y lo que ahora le exige su misión episcopal. “Muchas veces, dice, tengo que tratar con personas del mundo (se refiere a los gobernantes y personas influyentes en la sociedad romana)... y ello dispersa mi espíritu y me impide dedicarme a mi ministerio espiritual... Si mantuviera con estas personas una disciplina rigurosa (es decir si huyera de su trato porque son personajes ricos, importantes e influyentes), nunca podría atraerlos y ello me apartaría *de los más débiles*” (Sobre Ezequiel, Lib. 1,11). Es interesante subrayar como para San Gregorio los *más débiles*, los más pobres y más necesitados son aquí los sometidos a la pobreza espiritual. Gregorio ve que es ella la que priva al hombre de la riqueza más apetecible y lo sumerge en aquella pobreza espiritual en la que pueden caer tanto los grandes del mundo como los más humildes. Esta es para nuestro santo en último término es la más radical de las pobreza.

La Iglesia de nuestros días ha redescubierto felizmente, sobre a todo a partir de Juan XXIII, su vocación y su deber de ser “Iglesia de los pobres”. Pero quizá a algunos les falte aún descubrir y vivir que no son únicamente “pobres” los que no poseen bienes de este mundo, sino también —y sobre todo— los que están faltos de aquellas “verdaderas riquezas” que ni la polilla ni la carcoma echan a perder (Mt 6,19). Una Iglesia que busca ante todo el reino de Dios, una Iglesia que cree que el verdadero tesoro de los hombres no es el oro ni la plata, debe preocuparse sobre todo de que los hombres no sucumban en esta pobreza que es la más radical y definitiva de las carencias.

La liturgia nos invita cada año en el penúltimo domingo de octubre (este año el día 21) a recordar a estos “más pobres” que desconocen las verdaderas riquezas del Evangelio. Nos referimos al Domund. Es una memoria especialmente importante para la vida de la Iglesia, un recuerdo de oración y de caridad que la “Iglesia de los pobres” quiere tener hacia los más pobres de los hombres. Y de simpatía al mismo tiempo y de oración también por aquellos hermanos

nuestros (misioneros y misioneras) que viven entre estos “más pobres” para anunciarles y hacerles partícipes de las “verdaderas riquezas” del evangelio.

Es innegable que los paganos acostumbran también a ser pobres de bienes materiales. Por ello en la Jornada del Domund recordamos también su pobreza material. Pero no podemos caer –sobre todo en el interior de la celebración– en aquel “secularismo” que lamentaba el Sínodo de 1985 y que se daría si la celebración del Domund se centrara o limitara al recuerdo de la pobreza material del tercer mundo.

A este respecto quisiéramos recordar dos hechos lamentables ocurridos en los últimos años con motivo de la celebración del Domund. Según la normativa litúrgica vigente en el Domingo de la Propagación de la fe pueden substituirse los formularios de la misa dominical por los de la misa “Por la evangelización de los pueblos”. Los formularios de esta Misa son ricos de contenido “evangélico”. En ellos se pide que la riqueza suprema del conocimiento de Jesucristo llegue a los pobres “radicales”: “Mira, Señor, tu inmensa mies y envíale operarios *para que sea predicado el Evangelio a toda criatura*”; “Que la semilla de la verdad suscite en los hombres *la fe de modo que todos, renaciendo a una vida nueva por el bautismo, lleguen a formar parte de tu único pueblo*”, que “*la fe verdadera crezca sin cesar en el mundo*”... Ahora bien –y es el primer hecho que lamentamos– en algunas comunidades –la iniciativa figuró incluso en alguna publicación– estas oraciones se substituyeron por las de la misa “Por el progreso de los pueblos”. Los formularios de esta última misa no están permitidos en el Domingo de la Propagación de la fe. Pero esta desobediencia no fue ciertamente lo más grave. Lo verdaderamente lamentable fue la confusión –la equiparación– de lo que significa el conocimiento de Jesucristo –la “evangelización” en sentido propio– con lo que constituye el bienestar o progreso humano. Los formularios de la Misa “Por el progreso de los pueblos” son ciertamente expresivos también y muy aptos para otras ocasiones –para la Jornada por el hambre en el mundo, por ejemplo– pero se refieren a algo muy distinto, ciertamente más secundario a los ojos de la fe, y más “secular” para hablar con el lenguaje del Sínodo del 85. En estos formularios no se pide ya para que los hombres conozcan a Jesucristo sino para que el Señor suscite en el corazón de los hombres “el deseo de un progreso justo y fraternal a fin de que, suprimida toda discriminación, *reinen en el mundo la igualdad y la justicia*”. Confundir la evangelización con el progreso humano es un atentado a la significación misma de lo que significa el evangelio.

El segundo hecho fue una retransmisión televisiva. Varias personas –algunas incluso religiosas– conversaban ante el público sobre el significado que tenía la Jornada misional. En el diálogo se afirmó con insistencia que “antes del Concilio” el trabajo en las Misiones se veía como bautizar paganos, extender

la Iglesia... pero que ahora estos conceptos habían sido superados y que hoy ayudar a las Misiones significaba contribuir al desarrollo del tercer mundo, ayudar a que los pueblos pobres supieran construir pozos... Que era ésta la visión "postconciliar". He aquí un nuevo fenómeno de aquel "secularismo" que denunció el Sínodo de 1985.

La palabra de "evangelización" y el concepto que se esconde bajo esta palabra han sido "conflictivos" en estos últimos años. Y es esta palabra precisamente la que está en la raíz de la celebración del Domund (según el vocabulario del Misal actual el Domund se llama precisamente "Jornada por la *evangelización* de los pueblos"). Si las ideas en este contexto no se clarifican se corre el riesgo de que la palabra y el concepto se conviertan en algo equívoco. A la posible ambigüedad o parcialidad con que puede interpretarse el vocábulo aludía ya Pablo VI en su Exhortación apostólica "Evangelii nuntiandi" (n. 17). Es el caso, por ejemplo, de quienes han opuesto "evangelización" y celebración de los "sacramentos", como si se tratara de realidades totalmente distintas entre las que había incluso que optar.

La evangelización, por lo menos en su núcleo más central —así lo recordaba Pablo VI—, no es sino "el anuncio de Cristo a quienes lo desconocen y la celebración del bautismo y de los restantes sacramentos" que realizan y culminan la Buena noticia que ha de transmitirse a los pueblos ("Evangelii nuntiandi" 17). Los gestos sacramentales, en efecto, "hacen presente la victoria y el triunfo de la muerte del Señor" (Sacr. Conc. 6) y a través de ellos la más radical Buena noticia la liberación total del hombre no sólo es anunciada sino incluso realizada en los pobres y en los esclavizados, sometidos al dolor, a la muerte y a todas las limitaciones de la vida humana.

Profundizar en el auténtico sentido de la evangelización, trabajar para que el evangelio llegue a los hombres, a los lejanos y a los que viven a nuestro lado y sólo aprecian las riquezas materiales —sea disfrutando a veces injustamente de ellas, sea simplemente deseándolas como bien único cuando no las poseen— es una buena meditación para celebrar el Domund. Y repasar lo que dijo el Vaticano II en torno a estas realidades la mejor manera de descubrir hasta que punto es equívoco hablar como lo hicieron los participantes en la mesa redonda televisiva a la que hemos aludido y para ver cuán lejos estuvo el Vaticano II de substituir las riquezas eternas del evangelio por las riquezas buenas pero sólo temporales del progreso humano. A ello ayudará el material que presentamos en este número de *Oración de las horas*.

P.F.